

PIEZA HEROYCA

EN UN ACTO.

EL TELEMACO.

PERSONAS.

Telemaco.
Mentor.
Eucaris.
Calipso.
Júpiter.
Coro de Ninfas.



ACTORES.

Sr. Manuel García Parra.
Sr. Antonio Pinto.
Sra. Rita Luna!
Sra. Rosa García.
Sr. Bernardo Gil.

La escena es en la Isla de Ogigia á la orilla del mar.

El teatro representará una hermosa playa: á la izquierda estará la boca practicable de la gruta, en que mora la Diosa: al mismo lado, pero internado en el mar, se verá un peñasco elevado, desde donde se arrojan á su tiempo Mentor y Telemaco. La obertura imitará en parte el ruido de las ondas, dando además una anticipada de los afectos que debe expresar en el resto de la composicion. Antes que finalice la orquesta se alzará el telon, y Telemaco manifestará en sus miradas continuas ácia la gruta, en los suspiros y en el llanto el dolor que padece al separarse para siempre de aquel sitio.

Mentor y Telemaco.

Ment. **H**ijo de Ulises, el inutil llanto que de continuo tus mejillas riega, será quizá por la perdida Patria? Quizá gimes en tanto que la llegas á ver, ó estas arenas te son mas gratas que los patrios lares?
Suspiras, y tu vista vagarosa vuelves á las amenas moradas de las Ninfas? Qué enojosa suspension te detiene?
Ven, Telemaco, ven, pues te previene el Cielo y mi cuidado presta nave

del mar, en la rivera, á respirar el álito suave de tu pequeña Isla.
Sigue mis pasos, si el amor paterno no yace acaso en el olvido eterno.
Música que demuestre el batimiento y dolor de Telemaco.

Telem. Ay Mentor!

Ment. Qué me dice ese llanto, esa accion? Sagrado Cielo, será lo que sospecho? has olvidado la Patria, y padre Ulises?

Telem. No, amigo, yo no olvido los sagrados

nombres de padre y Patria;
pero...

Ment. Qué?

Telem. Pero, amigo,
qué me conduce á ella? Quál intento
abandonar, me haría
la grata compañía
de Calipsó inmortal? Tú eres testigo,
que mis primeros años
pasé tranquilo en el paternal seno.
y de un día sereno
brilló la Aurora siempre ante mis
ojos;

pero despues el vengativo Cielo,
quanto con mi dolor no se complace!
Miseró, abandonado
del infortunio la terrible noche
vuela sobre mi frente,

y el mal en mil maneras repetido,
llena la historia de mis tristes días:
Ulises ya no vive, no lo dudes:
yace su cuerpo en la desnuda arena
de alguna mar lexana,
miseró pasto á carniceras aves.

Y querrás que yo siga
entre peligros una sombra vana?
ó que vaya insensato
á morir por un hombre que ya ha
muerto?

Piensas tú, que Penelope conserve
del Griego Capitan á la memoria
mas constancia que yo? Quizá for-
zada

de Icaro y sus nuevos amadores,
á los continuos ruegos,
eligió ya otro esposo entre los Grie-
gos.

Y la playa insidiosa
querrás que pisen otra vez mis plan-
tas?

Qué una muerte segura
vaya á buscar en ella,
y el Itacense puerto
al hijo de su Rey le lllore muerto?

Ah! No, Mentor. Qué corran nues-
tros años

en medio de la paz y las delicias
de esta graciosa Isla. No es sensible

Tu corazón á tan risueño aspecto?
Las bellas Ninfas, el vital favonio,
que de la esencia de la pura rosa,
toma el suave olor; los paxarillos,
qué cantán sus amores
á las plácidas auras; el horrible
sonido de esos mares borrascosos
y en fin, el don amable
de la inmortalidad son otros tantos
lazos, que me detienen
en estas playas. Ay, amigo! Quan-
tos,

quántos serán los gustos y placeres;
que qual los vientos girarán en torno
del felice Telemaco y de Mentor!

El amor texerá con mano amiga
de mis dias la trama deliciosa,
y esa gruta preciosa
ocupará el lugar de padre y patria,
qué ya es fuerza olvidemos,
pues ya por siempre para mí aca-
báron.

Y en fin, pues de los hados impla-
cables
nos persiguió el furor hasta este dia,
no le ofrezcamos mas la dura frente
de la austera virtud; y en compañía
de la paz y el amor dexa que goze
de amor, y sus placeres;
dexa que goze si mi amigo eres.

*Música que represente la admiracion de
Mentor, la que dexará éste para mani-
festar el enojo con que principia
á hablar.*

Ment. Hombre de abatimiento, in-
digno hijo

del hijo de Laertes, y son estos
los actos de virtud que yo esperaba
del jóven que eduqué? Y será acaso
que el hijo de Penelope infelice
olvidé su dolor, su desconsuelo,
y la dexé entregada
al ardor y locura
al furor de los jóvenes rivales?
cuitada y sin ventura!

Ve aquí el amor, ve aquí los jura-
mentos

de tu abatido hijo: y es posible

que

que olvidando del todo
al miserable Ulises, y el horrible
hado que le persigue ni aun se in-
forme

al menos donde yace?

Oh tres y quatro veces desdichado
tu caudillo Itacense

de haber un hijo para oprobio eterno!

Oh tres y quatro veces mas felice.

si del gran Hector la sangrienta
lanza,

ó la de Sarpedon cerrar te hiciera
los tristes ojos en eterna noche.

Al fin, hubieras muerto

ante los muros de la sacra Ilio,

lleno de gloria, y no que ahora vives
para ser padre de un indigno hijo.

Qué diria si vieses en estas playas

á pesar de los Dioses,

á su jóven Telemaco gozando

un placer que de sí le creyó indigno?

Con que el amor confuso, avergon-
zado

de haber cedido en Chipre á los es-
fuerzos

de tu noble virtud, esparce ahora

el grito de su triunfo en estos mares,

y ante los ojos de las bellas Ninfas,

levantará el trofeo de venganza?

Misero, queda, queda

á llorar tu dolor, tu abatimiento,

que por dó quiera irá en tu com-
pañía,

queda á gozar la paz que te pro-
metes,

paz del sepulcro, paz de los escla-
vos,

tanto mas dura quando será eterna.

Ah! No se hizo, no, tu torpe oido

para escuchar el hymno de victoria,

que ofrece inmortal gloria

al guerrero varon; sino los cantos

de afeminado coro,

queda escucharlo queda.

Yo solo seguiré la huella errante

del ignorado Ulises

por medio de los mares y la muerte,

antes que ser testigo

de las cadenas que el amor te im-
pone;

donde yarás cubierto de ignominia,
mientras que yo gustoso

muerdo feliz si muerdo virtuoso.

Hace que se vá.

Telem. Mentor, Mentor mio: padre
amigo mio,

ah! No permita el Cielo, que yo ol-
vide

mi deber, no. Qué quieres? Ya con-
fieso

mi amor y mi delito. Guia. guia

mis pasos á la nave

y dexemos por siempre una ribera

fatal á la virtud de un desdichado.

Ya detexto un placer, á que lá
gloria

y el honor se oponian;

ya la voz de virtud resuena solo

en lo intimo del pecho.

No diga nunca el orbe sorprendido,

que el destructor de Troya,

el sacro Ulises fué de mi olvidado.

Telem. No lo dirá: tu alma enagenada
pudo ceder un tiempo al atractivo

de un amor ilegítimo; mas luego

que distinguí en las sombras de tu
crimen

el rayo de la luz que la ilumina

vuelve á la senda del honor. Oh
quanto

me es grata tu mudanza!

y quanto es noble el triunfo que con-
sigues

sobre tí mismo! En fin, huyo ven-
cido

el amor á la voz de tus deberes:

ni cantarán las Ninfas su victoria

sobre tu corazon.

Telem. Con que no hay medio!

con que voy á alexarme para siem-
pre

de esta mansion, y no podré si-
quiera

dar el último á Dios...

Ment. Pues cómo, acaso

vuelves á vacilar? Ah! no lo creo;

tú no olvidaste., no, lo que me
cuesta
tu educacion , las lágrimas vertidas
y la opresion que padeció mi alma,
sin atreverme á hablarte: ni tu ma-
dre

al darte luz gemió qual yo gemia.

Yo sofoqué mi llanto,
mi pena y mis sollozos,
aguardando en retorno tu cariño.

Hijo! Querido hijo! Mi consuelo,
alivia la afliccion del pecho mio,
vuélvele á Mentor lo que mas ama-
ba,

que á sus propias entrañas que á su
vida,

vuélvele á su Telemaco , á su hijo.

Si la santa virtud al amor venze,
vivo . y vivo felice;

mas si el amor te arrastra della
con brazo dominante,

Mentor no vivirá ni un solo instante.

Telem. Ay Mentor!

Ment. Ay Telemaco!

*Quedan abrazados unos cortos instan-
tes mientras la Música expresa el
dolor de los dos.*

Telem. Mi llanto,

que tu rostro humedece, es el testigo
de mi resolucion : ve á la ribera,
ve á disponer la nave, ya te sigo.

Ment. Ya voy allá : tú en tanto con-
sidera

que eres hijo de Ulises

que la virtud lo manda,

y que la virtud premia el sacrificio.

*Mentor se vá, la Música será relativa
al abatimiento y meditacion de Telemaco,
que principia su monólogo antes de
que concluya la orquesta, y ésta imi-
tará los afectos de los primeros versos
hasta ven Telemaco &c.*

Telem. En fin , hijo de Ulises , no hay
remedio:

la gloria exige abandonar por siem-
pre

esta adorada playa... impía gloria!

Impio amor! Ya me figuro el llanto

que por los ojos de mi bella Ninfa
regará estas arenas,
testigos de mi bien, de mis delicias:
ya que alentando apenas
invocará mi nombre en estos mares,
sordos á sus clamores, y que el eco
repetirá vacío:

ven Telemaco , ven , ven amor mio.

Y podré yo sufrir tan triste idea?

Ah! No , piérdase todo,
perezca en estos bosques , olvidado
del resto de los hombres, y otros
sigan

la senda del honor y las virtudes:
yo nací para amar.... Hombre aba-
tido

naciste para amar! Y ya olvidaste
tu deber , tus promesas y tu gloria?

Huye , huye , por siempre

una mansion fatal á tu inocencia

la cara sombra de tu dulce padre:

vuela sobre tus sienas,

y á la nave te arrastra: olvida , ol-
vida

á Eucaris y su amor.

*Le interrumpe la música, que será aná-
loga á las ideas amorosas y tiernas, que
se renuevan él, acompañándole hasta que
acabe con un tono resuelto.*

Ay! no hay remedio.

A Dios gruta selvage,
que fuiste asilo en mi fatal fortuna:
á Dios Ninfas; á Dios amadas pla-
yas:

donde pensé acabar tranquilamente
en la dulce ilusion de mis amores.

Ay! yo os dexo por siempre;

y léjos de vosotras

gemiré por los dias deliciosos,

de que fuisteis testigos

quando amar quiso,

quando al Cielo plugo;

mas mi padre y mi Patria me lo
mandan,

me lo manda mi gloria,

y yo corro veloz á la victoria.

Sale Euc. A dónde vas , ingrato?

Telem. Santo Cielo.

Euc. Qué pensabas huir, sin que si-
quiera...

A Dios, Eucaris mía,
esa pérfida boca me dixerá?
Y quando yo, evitando las celosas
miradas de Calipso, vuelo amante
por gozar un instante
del perjuro Telemaco, él medita
abandonarme, y sin piedad me niega
aun á Dios, un suspiro, una mirada..
Misera yo! A quien quise, á quien
amaba,

Ingrato, infiel.

Telem. No soy infiel, ni ingrato:
mi corazon padece al alexarse
de tus ojos, y acaso esta partida
á una temprana muerte me conduce;
pero..

Euc. Qué?

Telem. Pero Mentor Ulises, y mi Pa-
tria así lo exige.

Eucaris un tormento inexplicable
me agita y me devora
para que el de tus lágrimas añada.
Yo te amo; sería el mas felice
de los mortales, si el mezquino hado
me dexase morir á los pies tuyos.
El llanto del amor bañá mis ojos,
llanto desconocido
al hijo de Penelope: mas juzgas
que tan plácido llanto
borrase las imágenes sagradas
de mi padre y mi Patria, ó que el
delirio

de las delicias que tu amble seno
cada dia ofreciese á mis amores
olvidarlos me hiciese, no lo creas,
tú sabes quanto imperio
sobre mi corazon tus ojos tienen,
tú sabes que otro tiempo mas tran-
quilo,

un suspiro, una lágrima me haria
renunciar á la vista placentera
del sacro autor del dia,
por servirte, mi bien, por obligarte.
Pero el amor entónces derramaba
sobre mi corazon un blando sueño,
que aletargaba en mi virtud y glorias:

yo bien sé que esta ausencia
dará fin á una vida,
que vida de dolor llamarse puede:
mas lo manda el decoro,
y moriré jurando que te adoro.

Euc. Detente, hombre cruel, sagrado
Cielo!...

qué es esto! Pero ingrato,
yo qué te hice? Aguardas á decirme
que me dexas por siempre,
quando me creí amada,
quando te amaba mas que al alma
mía?

Pérfido, dime, sabes quanto cuesta
dexar de amar, quando una vez
probamos

de las delicias del amor? cuitada!
Tú apreciabas el don de vivir siem-
pre

por vivir para él? Qué me sería
una vida inmortal sin tus amores:
un don fatal, un don de llanto
eterno.

Porque no me dixiste: desgraciada
Eucaris no me ames,
no des un corazon que no es posible
que yo pueda admitir jamas? En-
tónces

hubicra sofocado
una pasión naciente; pero ahora
que mi alma te adora,
qué será de mí! Ay tú me has ven-
dido,

tú te complaces en mi amargo llanto.

Telem. Quién, yo? Tirano el Cielo
de mi dicha enemigo,
sabe si yo te amo, y tu lo sabes.

Esta playa es testigo
de mi amor y mis lágrimas: apenas
puse en ella la planta,
quando parece que la injusta Venus
por vengarse de mí, derramó el
fuego

y el furor en el pecho de las Nin-
fas:

y aun la misma Calipso
su mano me ofreció. Pero tus ojos
hicieron mas que don tan apreciable.

Yo te amo, tú me amastes, y nuestros dias
iban sobre las alas de los vientos
lentos siempre de amor y sus placeres.

Mas, Eucáris, que quieres?
Yo pensé, amada mia,
que una tan cara mano
benéfica cerrase
los ojos de tu amante, acaso muerto
en la embriaguez de mil y mil delicias.

Pero la impia gloria
recuerda á la memoria
mi deber, y girando en torno mio
me arranca el mirto y el laurel me
ofrece.

Ella de tí me aparta,
no torpe ingratitud ella presenta
ante mí de continuo
la imágen de la dulce Patria mia
la resolada madre, el padre Ulises
vagabundo y errante
que impropere á tu amante
su detencion!... Ah! Déxame que
vuele,

y en sus brazos tu pérdida consuele.

Euc. Cómo procuras disculpar ingrato
tu deslealtad con tan sagrados nombres

hasta huir de mi amor!

Telem. Eucáris bella,
antes me compadece, y no me culpes.

Imaginas acaso
que no me seguirán á todas partes
tu imágen y mi pena?

Euc. Pero quien te enagena
de esta morada, dí? Qué vas buscando

por la senda de muerte,
en medio de la mar tempestuosa?

Ulises ya no vive,
y tu madre, cediendo al importuno
ruego de sus amantes
ya le dió sucesor: pues dó caminas?
dó te lleva el delirio? Acaso quieres,

que irritadas de nuevo
las despiadas olas
arrogen á estas virtus
tus míseros despojos,
objeto de dolor para mis ojos?
ó siguiendo las huellas de la sangre
en busca de la guerra,
vas á llenar la tierra
de luto y amargura,
y ver llorar tranquilo al desdichado.
Hombre cruel? Y sufrirá tu alma
la dolorida escena
de ver huir á la afligida madre
con los dulces hijuelos en el seno,
al Cielo levantando
los lagrimosos ojos,
y que su esposo, y un hermano tuyo
arrastra esclavo la servil cadena?
Estas tristes imágenes te aplacen
mas que la compañía de tu Ninfa?
Telemaco, mi amor, no, no me
debes:

no seas insensible á la presencia
de los mismos parages
testigos de las lágrimas de entram-
bos,

lágrimas deliciosas que algun dia
dia
las derramó el placer, y enjugó Ve-
nus.

Te acuerdas, dí, te acuerdas?
Ay! Quántas veces, quántas:
hazme feliz dixiste, y no vencida
al dulce ruego, al abundoso llanto,
sé feliz, respondí! Ve aquí la paga
de mi primer amor, y las promesas
que hiciste tantas veces

tú me aborreces, sí, tú me aborreces.

Telem. Aborrecerte yo! yo! Cielo santo,
por qué me afliges tanto?

Euc. Me amas?

Telem. Si te amo? Tú lo dudas!

Euc. Si, yo lo dudo. Acaso te com-
places

en mi dolor, y alhagas
mi débil esperanza en este punto,
para hacer mas sensible á tu par-
tida

la pérdida de un bien que á mi amor
debes,
y en que apenas confío:
me engañas ó es verdad, amado
mio?

Telem. Qué quieres, dí, qué quieres?
Veme puesto
ante tus pies lloroso, *se arrodilla:*
lleno de la pasión que me domina,
que en tu mano divina
ratificó de nuevo mis promesas:
mi alma, mi vida, todo, todo es
tuyo.

Qué mas hacer podría?

Euc. Telemaco, mi amor....

Telem. Eucaris mia.

*Telemaco permanece algunos instantes
á los pies de la Ninfa, que le abraza y
mira con la ternura y amor que deberá
tener la música, hasta que los vé Ca-
lipso, y todas sus Ninfas que la siguen
desde la entrada de su gruta, donde
sale con precipitación, quedando ellos
en la misma actitud sobrecogidos, has-
ta que habla Calipso, que se
separan.*

Calip. Cielos, qué miro! Pérfido ex-
trangero,
has venido á mi Isla
cargado de la cólera implacable
de un Dios que te aborrece,
para hacerme el objeto de tu odiosa
ingratitude? Y tú, dí, temeraria,
cómo detienes aún á pesar mio
á este jóven infiel? Llamad á Mentor,
salgan por siempre, salgan de mi
Isla.

Euc. Cómo lo impediría?

Calip. Corre, ingrato;
corre á sufrir las iras de Neptunó:
él servirá mi amor y mi venganza
los Dioses del Olimpo y del in-
fierno.

Si, deidades oidme,
confundid al impio
y el yerro aplaque este tormento mio.
Ah! que no vea nunca
la cara Patria, ó que perezca al verla

contra las duras rocas.

Que abandonado al proceloso viento,
su cuerpo destrozado,
esperanza de encontrar sepulcro,
vea yo que las aves carniceras:
Sí, lo veré; tambien la que tú amas
lo verá, lo verá qual yo lo vea:
su corazón se romperá en el pecho;
y volando el dolor en torno de ella,
su desesperacion hará mi dicha.

Euc. Ah! qué imagen horrible!

Telem. Pero Diosa...

Calip. Calla infiel. Y vosotras que os
detiene?

volad, llamad á Mentor
que quite de mis ojos á un ingrato,

Euc. Seguidme, compañeras,
y servid á Calipso, qual lo manda;
pero servid mi amor, servid el vues-
tro:

él es nuestro delito,

y él guiará la empresa que medito.
vanse.

Calip. Cómo? Aún habla de amor ante
mis ojos,

y las demas tambien? tantas rivales
tendré yo como Ninfas?

Ve aquí, ve aquí los frutos
de tanto amor y tantos beneficios
desamos y desprecio,
y abatimiento de la parte mia.

Y yo lo sufro! Y esta misma mano,
despreciada por tí no te da muerte:
quién me detiene? Quién... Sal de
mi Isla,

sal en este momento,
y no aumente tu vista mi tormento.

Telem. Pero Diosa, por qué te irritas
tanto

contra un hombre á quien guía el
infortunio,
ántes me compadece
y disculpa un delito,
que á mi pesar cometo. Yo quisiera
amarte; pero....

Calip. Qué?

Telem. Pero qué puedo
hacer contra la fuerza poderosa

que

que mis amores á otro amor arrastra?
Quando el mar y los vientos
naufragó ante tus plantas, me ar-
rojaron

tu amparo me ofreciste,
y mil y mil placeres,
que tu mano benéfica produce,
casi me hicieron olvidar la Patria.
Pero tantos favores
yo los creí de tu piedad efecto
y no de una pasión. También llo-
raste

al referir los infortunios míos:
mas qué quieres? Mi alma acostum-
brada

al mal mío y ageno,
no vió nunca otras lágrimas que
aquellas
que derrama el dolor, ó que der-
rama

la compasión. En esta incertidumbre
amé y me amaron; pues por qué me
culpas

ó por qué me castigas,
arrojándome así de estas riberas.

Calip: Pues por qué te castigo?
por qué te culpo, ingrato,
enemigo mortal de mi sosiego,
pretendes que yo sufra
tu vil ingratitud, ó que yo crea
tu negro crimen de ignorancia
efecto?

Ah! lo quieres en vano.
Es cierto que algun tiempo mas
tranquilo

respetaron mis labios tu inocencia;
pero mis ojos, mis amantes ojos!

Qué no hablaron por mí? Y es un
idioma

el del amor, que pueda confundirse
con el de otra pasión? Tú eres in-
grato,

lo fuiste y lo serás, tiernas miradas,
suspiros repetidos,
mil ayes nunca oídos.

ó al ménos olvidados,
apenas escuchados,
te anunciaban el mal que padecía,

Pero que efecto haría
este lenguaje amante
en un oído para mí insensible?
Yo sufría, y quizá callado hubiera
mas tiempo, si mas tiempo
ignorase mi mal; pero lo supe,
lo supe ingrato, y en aquel instante
imponiendo mi orgullo,
y mi pudor te declaré mi afecto.
Yo te ofrecí mi mano;
y de inmortalidad el don amable,
yo lloré, suspiré, me eché á tus
plantas,

y en fin, cuánto no haría
si en celos y en amor Calipso ardia!
Nada olvidé contigo;
pero era tarde ya: fui despreciada,
despreciada Calipso! Y no destroza
ese corazón pérfido? Y tranquila
podrá ver que otra alguna lo posea?
Ah! no, la sola idea,
la desespera y me horroriza: huye
hombre traidor, y nunca el claro
día

tu luz derrame en tus ingratos ojos.
Mentor, Mentor. O rabia!

Y no podré morir! Y el sol odioso
en mi rostro lloroso
verá la imágen del furor por siempre,
sin la única esperanza
de que algun día pálida mi sombra
pasé la triste arena,
del tácito Aqueron ya Pluton lleve
mi amor, mis celos y mi acerva pena
oh alma de delito!

Complácete en la obra de tu mano:
rio del cruel fuego
que en mis hinchadas venas se pro-
paga,

triunfa de mi dolor y vete luego.

Telem. Diosa, yo te suplico...

Sale Ment. Ve aquí á Mentor,

Calipso, qué le quieres?

Calip. A qué esperas,
que no llevas contigo al temerario
(mal dixe) al hombre débil,
que vencedor en Chipre, de las
gracias

seductoras de tanta jóven bella,
que nació para amar y ser amada,
y en torno de él vertía
la copa del deleyte,
se rindió á la hermosura
de la menor de tanta Ninfa mia?

Su padre le ha encargado
á tu custodia. Dexarás que afrente
en ócio vil sumido

á Ulises y á la Patria,
y que la misma frente,
que coronar debía el sacro lauro
entre lazadas de oro
rama de amor la cifa con desdoro?

Ment. Calipso, no lo temas;
si Telemaco amó, y en duros gri-
llos

opreso un tiempo complacido es-
taba,

ya los rompió; y aquella misma mano
que adoraba algun dia,
y cruel le oprimia,
ya la detexta: él propio me lo dixo.

Telem. Virtud santa, favor.

Calip. Ya la detexta?

Ment. Si, la detexta en fin: y en prue-
ba de ello

en la desnuda orilla
nos aguarda la nave preparada.

Calip. Cómo? Ya está en la playa
la nave construida?...

Y qué será de mí quando él se vaya?
Aguardad... Infelice!

Ah! si fuese mudable, en favor
mió!...

Si aun me pudiese amar?

Ment. Y qué pretendes
acaso detenerle? has olvidado
que el baxel fué labrado
por órden tuya, y que ofreciste un
dia

con juramento horrible
no impedir de Telemaco el regreso?

Calip. Es verdad, lo juré: pero mez-
quina?

Qué hice yo! Qué hice yo!

Ment. Cielo, qué miro!

Que sacrílega mano ha puesto fuego

á nuestra nave?

Sale Eucaris y Ninfas. La nave se dexa
ver incendiada.

Euc. Amor, él dió la llama,
él la sopló al baxel, y animó el
viento

que aquí la traxo, y en ceniza fria
al mar inmenso arrojará furioso.

Yo he sido el instrumento
de su furor y todas estas Ninfas.

Si, Calipso, yo he sido.

Qué servirá ocultar lo que tú sabes?
Ni en tan cruel extremo
oprimir el amor es imposible.

El ingrato me huia:
tú lo mandabas, mi alma padecia,
yo medito, yo vuelo

invoco al santo Cielo;
la antorcha abrasadora,
á nuestras manos el amor ofrece,
y en tanto que se aleja

Mentor de ti llamado,
llenas de un Dios que llena tierra y
Cielo,

incendiamos la nave,
y en un instante solo
aniquilamos su esperanza. Ingrato,
si, no te queda alguna,
pues un baxel Fenicio, á quien los
vientos,

á pesar suyo y mio,
á esta playa guiaban,
lleno de asombro, de terror y mie-
do,

se detiene á la vista
de la humeante llama,
que el raudoviento en tu baxel der-
rama.

Y si fuese tan loco, tan osado,
que á nuestros ojos arrancar pre-
tenda

al traidor hijo del Capitan Griego,
aún hay amor y llama, venga luego.

Calip. Yo no sé si me alegre, ó dé
castigo

á mi ribal.

Telem. Y bien, ya tu lo notas.

El mismo Cielo, Mentor,

se opone á tus designios, y nos cierra el camino á la Patria: obedezcamos sus decretos, y amemos pues lo manda.

Ment. Amemos pues lo manda! Miserable,

y la que es obra de delito ageno, será un decreto de los altos Dioses? Sigueme, y de la roca dó Fracasaste un dia, y adonde pereció virtud y fama: ven, y observa la llama que en la Isla y el mar ha esparcido: ven, y observa los frutos del amor que Telemaco ha encendido,

Caminan los dos hácia la roca: la música será un andante magestuoso, cuidando de seguir los afectos que se expresan, hasta la conclusion de la escena, que entonces la desesperacion es su carácter.

Euc. Triunfamos compañeras; el fugitivo amante habitará las plácidas riberas de Ogigia para siempre. Ya respiro, y el que antes suspiró era de mi dolor, ya es de esperanza.

Calip. Eucaris etrevida, has olvidado?... Pero Mentor quiere hablarnos segun creó? Qué nos dices?

Ment. Ninfas, oidme. En vano ató amor á su carro al joven Griego, y el azote inhumano exgtimió contra él. La virtud sacra con sus cándidas alas le cubria, y si le dexó un tiempo, fué por formar su corazon incauto en la justicia. Y qué sería el hombre, cuyas virtudes desmentidas nunca no se reconociese en otro hombre débil qual él lo fué? El llanto, amigo;

la santa compasion del hurian. Mas la virtud se torna á mirar con semblante lisonjero al joven olvidado. Ya le ofrece

la diestra no vencida, la diestra respetable al Cielo mismo, y aún le dexa recurso á su partida.

Euc. Quál?

Ment. Este.

Euc. Ay bárbaro, qué has hecho?

Calip. Injustos Dioses!

Euc. Fementida Venus!

Y tú dexas robarlo de mis brazos, y tú no le socorres!

Euc. Amadas compañeras, el perjuo el Telemaco nos huye, y el sempiterno duelo de triste soledad que nos circuye nuestro premio será, nuestro consuelo.

Corramos á las aguas, Ninfas hermanas, para darle amparo....

Padre Neptuno, padre, sosten con mano amiga al joven fugitivo entre las ondas; en tanto que socorre su fatiga el brazo de su amante, y no anegues con él en tu venganza, Oh Dios del mar! Mi única esperanza.

Calip. Sí, socorredle, socorredle, amigos,

que todo es ménos á los ojos míos, que su preciosa vida.

En un ancho grupo de nubes, que cubrirá la mayor parte del teatro y el mar, aparece Júpiter, á quien acompañan los truenos, y el rayo como indicio de su poder. La música será relativa á la magestad del Dios que anuncia.

Cal. Pero qué es esto? El Cielo se obscurece,

la tierra se estremece, y el rayo asolador rompe la nube... Mas yo te veo, Júpiter sagrado, de venganzas armado.

Ah! basta, basta: yo te reverencio, qué pretendes de mí?

Júp. Bella Calipso, nunca fué concedido á Dios alguno

ni aun á mí, que al mover la santa
frente.

tiemblan la tierra y mar, tiemblan
los Cielos,

romper el órden del fatal destino.

Dexa que vuelva el hijo de Laertes
á su pequeña Itaca, y el llanto
de la madre, afligida á quien rodea
importuno el amante, compasivo
vaya á enxugar, y acaso á dar ven-
ganza,

que así lo decretó la virtud santa
en el libro fatal. El Sabio Ulises
corre del negro mar las anchas vias
á la mercé de un Dios que le abor-
rece,

y el hijo coronado en blando mirto,
será insensible á la miseria suya?

Yo protector del hombre virtuoso,
no lo permitiré!

Calip. Eterno Jove,

Calipso, en fin, se humilla

ante la ley del hado irrevocable.

Pero duelete afable

de este dolor que el corazón man-
cilla,

y no sea inmortal mi eterna pena.

Euc. Oh Júpiter! Serena
las lágrimas de amor, que el rostro
bañan
de la mezquina Eucaris,
ya que te encrueleces enojado
con el llanto, que en vano ha derra-
mado.

Júp. Sí, Ninfas de estas playas, yo os
ofrezco
consolar la afliccion de vuestras al-
mas,

y sobre el rayo del autor del dia
os enviaré la paz. Pero vosotros,
hijo de Ulises, virtuoso Mentor,
arribad á la nave de Fenicia,
arribad, que otras penas os aguardan
en mar y tierra; pero la sublime
y adorable virtud os va siguiendo
con la corona que texió su mano.

Euc. Ah! Sí, Júpiter sacro,
que yo le admire ya que no le ame:
el digno simulacro
de la virtud le guie por dó quiera:
y la tranquilidad que recobramos,
y que inunda otra vez estas riberas,
vuele sobre su frente
plácida qual el Sol en el Oriente.

F I N.

*Se hallará ésta en la Librería de Cerro con la coleccion de las
nuevas.*

